

12 de Abril de 2010

El interés invisible por el público en "La dama del mar" del Departamento de Drama, Upr, Río Piedras.

Anoche fuimos a ver esta puesta en escena por el Teatro Universitario. Desde este dato empieza la apreciación del evento. Estábamos presenciando una representación que no viajará, a diferencia del Teatro Rodante, cuyos montajes se conciben desde el aspecto viajero. Todos los elementos involucrados se colocan en ese marco.

Al escoger un texto que durará cinco actos, es de suponer que su recepción es más cómoda en un recinto universitario de larga tradición teatral, cuyo estudiantado y comunidad tiene responsabilidades académicas que le interpelan a ver el montaje. Sin embargo, aún así el texto dramático de Ibsen no es común a los tiempos actuales, aspecto que plantea un reto al Teatro Universitario y su función. Entonces el texto teatral del equipo de trabajo del Departamento de Drama confronta esa realidad, se compromete con el reto y valora y enfatiza en virtud del mismo.

El manejo escénico de los motivos románticos del texto logran la identificación, incluso mucho más que los planteamientos del discurso realista, a quienes tenemos acceso de forma racional. Las escenas que plantean la intuición de Élide con respecto a la presencia del extranjero en su vida, la aparición del extranjero en el marco del suspenso, el claro-oscuro crepuscular, en un escenario natural, extrañan la trama, creando todo un misterio romántico alrededor de una situación que podría ser más bien típica y de corte psicológico, como lo es la de una mujer casada que no ha resuelto un romance anterior. Es aquí donde el montaje hace una plausible aportación a la técnica teatral nacional, al darle un tratamiento realista al romanticismo del texto, la recepción es asegurada. Se salta la distancia de 122 años entre la obra y el público. El montaje refleja que trabaja para el público y no para sí mismo.

Para lograr esa función comunicativa la dirección utiliza un elenco talentoso, trabajador e inteligente, que maneja la técnica de acciones físicas al abordar sus caracterizaciones, con valentía hacia la emotividad precisa. En conjunto logran una emisión sonora equilibrada, ninguna voz resalta ni monologa, todas entonan acorde al mundo interior que proyectan. Sus caracterizaciones veraces les alejan de la actualidad y se colocan en el s. 19 orgánicamente:

-El primer acto de Mariana Monclova refleja de inmediato que esta actriz puede romper con su idiosincrasia, sus personajes estridentes, de voces agudas, enfatizados en lo formal y otros de énfasis en lo cotidiano boricua, dieron paso a una Hilde juguetona, emotiva, jovencita, con iniciativa en el marco de las posibilidades sociales decimonónicas. Su tono de voz logró nuevos matices y su técnica actoral la proyecta camaleónica.

-Isabel Arraiza se mueve cómodamente en la pequeña soledad de su personaje. Nos permite captar que bajo la autoridad de una mujer que no ha logrado sustituir a su madre, Boleta roza la posibilidad terrible de quedar encerrada en un ambiente natural

desconectado de jóvenes de su edad y de viajar a otros países para desarrollarse culturalmente, porque debe cuidar de la casa y de su padre. Sin desentonar ni querer sobresalir, la caracterización de Isabel convierte a Boleta en protagonista de su trama secundaria, logra las convenciones de la época, la diferenciación con su hermana, su joven vejez y una delicada emotividad. El timbre de su voz y su técnica actoral alcanzan una Boleta hermosa físicamente, conocedora de su deber pero con clara identidad de lo que desea.

-Willie Maldonado ha sido seleccionado sabiamente por la dirección. En un montaje realista se necesita un actor que de naturalmente la edad del padre. Su potente voz se allana a la tesitura media lograda por el elenco. Proyecta la bondad de Wangel, el recuerdo de su esposa muerta, sus análisis científicos, el amor transparente por Elida, su anagnórisis al percatarse que era parte esencial del malestar de ella, pues había sido instrumento de la mentalidad patriarcal de ver la mujer como objeto que se escoge. Trabaja la aceptación de esa falla con emotividad sin caer en la exageración. Ha hilvanado cada acción física adecuadamente proyectando así en su cuerpo la profesión de Wangel, sus cansancios, su relación con sus hijas, su dolor y la ruptura del erotismo con Elida.

-Andrés López da el candor y tragedia del personaje según lo requiere la pieza. Logra plantear el suspenso sin rechazarlo. La pieza lo plantea así y como él lo cree nosotros desde el público también. Imprescindible esa sutileza para que la obra funcione, de lo contrario se tornaría todo muy acartonado. Como lo hace con una psicología clara con respecto a lo que cree un personaje de esa época literaria-social evita que el resto del desarrollo misterioso de la obra no apele a la caricatura. Su voz y su cuerpo responden orgánicamente a la juventud, enfermedad y pasado marino del personaje como lo plantea Ibsen.

-Adrián Luis Lebrón tiene el reto de interpretar un personaje terciario. Le toca abrir la obra y esperar alrededor de una hora para su nueva aparición. Ese reto lo cumple, al entrar nuevamente no notamos un actor cansado de esperar, ni desubicado con respecto a la función de su personaje. Interpreta conectado a la totalidad de la obra. Logra la edad de su personaje, no la fuerza. Incluso podría suavizarse en confianza su maquillaje para integrarlo más al concepto de maquillaje del resto del elenco. Su barba podría rellenarse por debajo para que no parezca falsa. Tiene un manejo verosímil del arte de pintar y del instrumento musical.

-José Juan Pérez tiene el mayor reto de la noche. Es muy joven con respecto a Arnholm. La dirección decidió arriesgarse aquí, pero tiene un actor muy inteligente, con una conciencia absoluta del realismo. Luego de su entrada, en la cual nos reta a aceptar su caracterización, va logrando que no reparamos en ella con decisiones muy valiosas: no actúa para llamar la atención, mantiene un monólogo interior cuando no habla (de hecho, todo el elenco lo hace), no exagera los recursos vocales y físicos para lograr la edad del personaje, flota por el escenario producto del ambiente natural típico del romanticismo en que esta insertado el personaje, su potente voz y dicción se acoplan al resto del elenco. Sin embargo, hay una decisión actoral que vale un aplauso, el rostro de su personaje

cuando declara su amor a Boleta. Esa máscara tierna, inocente y vieja a la vez construyen un externo que elimina las fronteras de edad entre él y Arnholm.

-Jerome Viveret fue sorprendente. Hubieramos querido usar otra expresión pero fallaríamos a la verdad. Logra traer a esa figura romántica con una credibilidad que hay que subrayar porque el extranjero tiene varios retos para su caracterización: el acento que necesita dentro de los visos de galán y héroe románticos que tanto Ibsen, descubiertos por la dirección, mantienen en el personaje. Viveret logra darle la carga emotiva, el erotismo, personalidad magnética, virilidad, el desenfado del marinero y a su vez crearnos la duda si es una aparición o locura de la protagonista.

-María Josefina Gómez demuestra que es una gran actriz, no se puede decir de otra manera. Además de poder responder a poéticas diferentes, como cuando interpretó a Marisol de José Rivera, aquí la vemos responder a un personaje del cual debe salir cansada tras cada función. La dirección marcó grandes exigencias a su trabajo. Pepa involucra su cuerpo sutilmente, reflejando el cansancio, desespero y edad de Elida en un marco realista. Posee una voz potente, cuyo timbre aplica sabiamente al personaje dándonos su edad con actitud sin trucos superficiales. Le toca reflejar unas imágenes simbólicas y románticas, que la dirección no se salta, sino que acepta como reto. Este personaje si bien refleja una época también es sumamente literario y tiene que recrear momentos que responden más a la poesía que al realismo: su mirada, la forma de mover la cabeza, las narraciones misteriosas, frases que se repiten, recreación del mar con su cuerpo, entre otros. La decisión de trabajarlo desde las acciones físicas logra tres primeros actos impactantes. Para el cuarto y quinto los recursos melódicos y rítmicos de la primera parte denotan desgaste. Sería interesante explorar el susurro o media voz en la frase sobre los ojos y mirada del extranjero. Al final, logra hacer lógico y consecuente el discurso del texto, que Ibsen casi sermonea, pero que María Josefina, el elenco, montaje y dirección, logran que el público acepte.

A través de un repaso sucinto de las interpretaciones hemos aludido al trabajo preciso y acertado de la dirección. Logra descubrir estilo propio en el montaje: una misma tesitura sonora, una misma energía, todo el elenco resalta actoralmente, excelente dicción, captación de la época y su psicología, armonía en los diseños e integración sutil de las escenas románticas y motivos del simbolismo dentro de la búsqueda realista. Ese estilo capta al público, hace interesante el argumento para la actualidad, en que la mujer no maneja los obstáculos sociales y psicológicos como lo hace Elida. La nueva división que da al texto de dos actos junto al ritmo que logra dialoga con el público de hoy. Sin embargo, se debe reconocer la valentía de montar una obra que pedía un teatro de proscenio. El mismo texto alude a una mayor distancia entre los personajes en su cuarto acto. Resolver con la actitud de los actores y actrices, para que un personaje no notara que hablaban de él fue muy sabio. Más todavía hay que rescatar el Teatro grande para que los aspectos educativos no se vean afectados. Por ahora, aplauso por obviar esa carencia y seguir adelante.

Tanto el vestuario, la escenografía y musicalización plantean una misma voz en el montaje. El uso del ciclorama para crear el mar y darle el toque misterioso con las nubes

en las escenas de suspenso fue un recurso acertado, usado orgánicamente sin querer ser protagónico. Esto refleja que fue pensado para un montaje que no viajará, que no escatima en usar todo lo necesario para el Teatro Universitario y su público. Lo mismo el vestuario y la música. Ambos recursos apoyaban el compromiso con el público actual, cerca de este tipo de contexto a través del cine. Se cumple con esa alta y puntillosa exigencia creando un vestuario basado en la época, sicología del personaje y la búsqueda realista del concepto general. Valga también el uso que el elenco y el diseño de luces aportan a este logro. La música es el puente a ese cariz cinematográfico del montaje, su selección junto a un apropiado decibel de sonido amarran inconscientemente al público.

Sugerimos que se incluyan notas del autor y el texto al programa. La libertad de decidir a la que nos invitan Ibsen y el Departamento de Drama con este montaje profundizan la pertinencia educativa del proyecto. Por otro lado, la cantidad de público asistente refleja las posibilidades que tiene el Departamento de Drama de aportar a las finanzas universitarias. El interés invisible por la recepción que permea todo el montaje manifiesta que el terreno está fértil para ese paso.

Anamín Santiago